

tuosidad de su amor con el silencio, el estupor y la inmovilidad de una aparente indiferencia; en que se pinta la pasión tal como es, exclusiva, avasalladora, sin consentir otra idea que no sea ella en el cerebro, ni otro latido que no sea ella en el corazón; sin desprenderse un solo instante y sin ceder un punto de su intensidad.

Yo pienso en tí, tú vives en mi mente:
Sola, fija, sin tregua, á toda hora;
Aunque talvez el rostro indiferente
No deje reflejar sobre mi frente
La llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
Brilla tu imagen apacible y pura,
Como el rayo de luz que el sol envía
Al través de una bóveda sombría,
Al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
Mi corazón se embarga y se enajena,
Y allá en su centro vibra moribundo
Cuando entre el vano estrépito del mundo
La melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
Sin agitarme en ciego frenesí,
Sin proferir un solo, un leve acento,
Las largas horas de la noche cuento,
¡Y pienso en tí!

Tanta sencillez unida á tanta elevación en el fondo, tanta delicadeza y tanta verdad, tanta naturalidad y tanta pasión, hacen que sorprendidos ante su admirable conjunto, se hu-

ya con cierto temor de detenerse en analizar fríamente ese precioso madrigal, tan bello pero tan delicado como lo pinta Martínez de la Rosa, en su Arte poética:

El ala leve y ricos los colores
Cual linda mariposa
Que juega revolando entre las flores,
El tierno madrigal ostenta ufano
En su voluble giro mil primores;
Mas, si al ver su beldad tocarla intenta
Aspera y ruda mano,
Conviértese al instante en polvo vano.

Mi apreciado amigo y laborioso compañero, el Lic. D. Antonio Batres Jáuregui, refiere en sus Estudios de literatura americana, que el renombrado poeta colombiano D. Rafael Pombo, quedó enamorado de esa composición al oírse la recitar; y que aunque al principio creyó que el verso: "Al roto mármol de una sepultura," quedaría mejor, "Al roto mármol de la tumba obscura," luego se convenció de que el verso del autor era el más apropiado al tono natural y sencillo del precioso madrigal. Se necesitaría demasiado rigor para encontrar motivo de censura en el verso "Yo pienso en tí, tú vives en mi mente:" para detenerse en los asonantes del segundo verso, y para fijar la atención en uno ú otro parecido é imperceptible descuido. En cuanto al fondo, lejos de encontrar en él una repetición innecesaria, me parece descubrir una positiva belleza, la situación y desorden del poeta que no encuentra palabra que le baste para pintar la absorción de su espíritu, y que después de emplear una acude á otra, que diga más ó que complete mejor su pensamiento, ó que lo presente bajo distinta pero verdadera faz. No se me alcanza tampoco que la compara-

ción de la segunda estrofa contenga un imposible físico. A lo que entiendo, el poeta al hablar de bóveda sombría se refiere á una bóveda triste, funesta, y no precisamente á una bóveda sin nada de luz, á través de cuyas tinieblas podría pasar sin embargo un rayo de sol hasta llegar á la rota sepultura que en el fondo de ella se encontrara.

De los versos al desierto de San Juan de Nicaragua dijo bien Martí, que lo pintaban en estrofas que secan y queman: y la traducción de la Oda de Horacio á Pirra es, en mi humilde juicio, la más bella que hasta ahora se ha publicado en castellano.

¿Quién es ¡oh Pirra! el doncel
Que entre perfumes y flores
Te dice blandos amores
En la gruta del verjel?
¿A quién con nardos y rosas
Tejes el blando cabello?
¿En qué nueva faz el sello
Del ardiente labio posas?
¿Cuántas veces inocente
Ese que en tu fe confía
Llorará la boca impía
Que ora acaricia su frente!
Hoy se goza en la beldad
Que tanta dicha le ofrece,
En la calma se adormece
Sin temer la tempestad.
En plácido mar navega,
El aura su sien alhaga,
Y al soplo del aura vaga
La blanca vela despliega.
¿Pobre niño que no sabe
Cómo se torna improvisa
En huracán esa brisa,
Ahora mansa y süave!

En breve el dormido mar
Alzarse verá tremendo:
Turbias, hinchadas, hirviendo,
Las olas verá rodar.
Yo la tormenta pasé,
Testigo el muro sagrado
En que el vestido mojado
Al dios del mar dediqué.

Con razón puede uno resistirse á admitir la apreciación del eminente escritor Menéndez Pelayo, que en su obra intitulada "Horacio en España," al propio tiempo que declara que Batres se distinguió sin rival en el cuento alegre y en la narración joco-seria, dice refiriéndose á la traducción, aludida que es elegante pero muy desleída y parafrástica. No sé cómo pueda calificarse de tal una traducción que en nuestro idioma que no tiene la precisión comprensiva del latino, sólo consta en versos de ocho sílabas, de doble número de versos del original, cuyos piés corresponden á una medida más amplia; y en que si bien el poeta puso la advertencia de que era una traducción libre, se sigue con admirable fidelidad y con naturalidad extraordinaria el pensamiento del autor. El que la lee siente en ella un sabor enteramente moderno y castellano, algo que le quita toda apariencia ingrata de traducción, y sin embargo están todas las ideas, todos los matices, todos los contrastes y los toques del original, haciendo resaltar bellísimamente las antítesis de la tercera estrofa y las de la cuarta y siguientes, en que es notable además la armonía imitativa que remeda el rugido tremendo de las olas embravecidas que ruedan henchidas é hirvientes.

Dos versos menos tiene la traducción de D. J. de Burgos, y si la del propio Sr. Menéndez Pelayo, publicada por él en la colección impresa en Barcelona en 1887, tiene el mismo número de versos que el original latino, es de dudar

mucho que pueda compararse en mérito y belleza con la de nuestro compatriota. (e)

Las poesías que acaban de mencionarse, su canción, los versos al Volcán de Agua, el romance en que se retrata á sí propio, y las magníficas estrofas de sus poemas jocosos en que pinta el estado de su ánimo, sus desengaños, sus sufrimientos y sus dolores, bastarían para señalarle un puesto distinguido entre nuestros poetas líricos. Tenía la chispa divina de la inspiración, sensibilidad exquisita, y como lenguaje y expresión, el verso lleno de sonoridad, de elegancia y de armonía, las condiciones exigidas por el crítico latino para honrar á un hombre con la denominación de poeta de ese género. Pero había otro que era el propio de Batres, en el que aparece sin rival y sin rival sobresale, género en que puede afirmarse que fué el primero y en el que hasta hoy no tiene segundo todavía; y ese género es el de "Las falsas apariencias," el de "Don Pablo" y el de "El Reloj."

Poemas son éstos enteramente propios y enteramente nuevos en que toma el poeta un asunto vulgar, una tradición ó leyenda sin interés, un asunto prosaico y obscuro y

[e] La traducción del Sr. Menéndez Pelayo, dice:

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso unguento,
Te estrecha, Pirra, en regalada gruta,
Cabe su seno?
¿Por quién sencilla y á la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!
Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante,
Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensa encontrarte.
Mísero aquel á quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya suspendí en ofrenda
Veste mojada.

lo embellece y lo vuelve grande á pesar de que fuera en sí tan pequeño, como en compensación de la obra de tantos que, con sólo tocarlas, empequeñecen las cosas grandes, y como un reflejo débil de la fuerza que produce y saca de la nada todas las maravillas de la creación. Sobre esa base ó sobre la de algún hecho verdadero, pero desnudo en sí de gracia, de interés y de atractivo, forma una obra primorosa en que se retratan de mano maestra las costumbres de la época en que se verificó y las de la época en que el poeta escribe, se ponen de relieve los tipos y los caracteres, se dan pinceladas vigorosas sobre vicios y defectos políticos y sociales, se mantiene siempre en suspenso y siempre atraída con interés creciente la atención y excitada siempre la hilaridad de los lectores, á no ser cuando en medio de la más natural jovialidad resuena un lamento lúgubre que hace estremecer todas las fibras, ó se oye el eco de una risa más significativa y más amarga que todos los lamentos; ó cuando en medio de la viveza, animación y alegría de los cuadros, entre los más risueños colores y las palpitations más bellas de la luz, se dibuja la sombra de los pesares del alma del escritor, como la de la mano invisible que trazaba las fatídicas palabras sobre las paredes en que resonaban el ruido de las copas y las bulliciosas carcajadas del regio festín de Baltasar. La verdad vive y palpita en las obras de Batres: son todas ellas, siguiendo la moderna denominación, de un realismo acabado, pero de ese realismo encantador que no pierde nunca de vista el ideal de la belleza, que toma todos los objetos de la naturaleza y de la sociedad con la feliz elección del arte, que no goza en pintar las llagas y la podredumbre, y que no cree que los tipos únicos para el escritor sean los que se sacan de las tabernas, del hospital ó de los lupanares. Realista es como Cervantes y como Molière, porque existen ó han existido todos los caracteres que describe, porque se mueve el corazón en la dirección que él indica que se mueve, porque el hombre, la mujer, el amante, los vecinos, los convidados, los indiferentes, piensan, hablan y practican en la vida real lo que

él los hace pensar, decir y hacer en las circunstancias en que los coloca.

Sus descripciones, sobre todo, son de una exactitud y de un efecto sorprendentes. Asistimos á los espectáculos que nos presenta, estamos viendo las escenas que dibuja, presenciemos los movimientos que refiere y vemos ejecutarse las acciones que fotografía, porque su arte y su talento, no sólo lo pintan todo con maestría, sino que realizando la más difícil de la onomatopeya, logran con el ritmo y variada cadencia del verso, hacer que se note la diferencia de situaciones en que coloca á sus personajes y la de los afectos que los dominan. La pintura del alazán de Don Alejo es digna de Pablo de Céspedes, y sus descripciones de Don Pascual, de Don Cornelio y de Fray Gregorio Holgado nos recuerdan por sus admirables rasgos las que Cervantes hace de Don Quijote en el principio de su libro inmortal, la que nos dejó Quevedo de la principal figura de su obra en la Vida del gran tacaño, y las del P. Isla en su Historia de Fray Gerundio. Sabe ponerlo todo de relieve, sabe escoger todo lo que ha de figurar en el cuadro, y sabe dirigir el vuelo de su imaginación y de su pluma para que no se detengan en detalles insignificantes. Sabía él que

Un buen pintor que pinta una pradera,
Dibuja al sol cayendo en el ocaso
Y al ganado paciendo en la verdura,
Mas no llena su cuadro con basura.

Tenía el sentimiento de lo que Macaulay dice hablando de Byron, que el proverbio del anciano Hesíodo cuando afirmaba que la mitad es á veces más que el todo, puede aplicarse perfectamente á la descripción; y que la práctica tan hábil de los holandeses que cortaban por el pié la mayor parte de los árboles preciosos de las islas de la Esperanza, para dar más robustez y valor á los que dejaban, es práctica que los poetas harían bien en imitar.

Su descripción del paseo de Santa Cecilia es tan viva, tan exacta, tan animada y tan bella como las más hermosas de la literatura castellana:

.... El de noviembre es clásico en la historia
Del reino de Utatlán (hoy Guatemala),
Por la recordación de una victoria
Que en unión de los indios de Tlaxcala
Aquel héroe ganó; y en su memoria
Se hacía en este mes con pompa y gala
Un militar paseo, en la vigilia
Del día veinte y dos—Santa Cecilia.

Llegado pues, aquel famoso día
En el año que vamos refiriendo,
Comenzó la función como solía
Al són de las campanas y al estruendo
De dos piezas ó tres de artillería....
O fuese de arcabuces: no pretendo
Que se me preste fe sobre este punto,
Mas las salvas importan á mi asunto.

De gente se cuajaron las esquinas,
De damas se adornaron los balcones,
Colgáronse los muros de cortinas,
Se alegraron las calles con festones,
Armáronse pendencias, tremolinas,
Corrillos, carcajadas, estrujones:
Pañuelos y sortijas se perdieron,
Y muchachas también.... pero volvieron....

Al són de chirimías y atabales
Los de Tlaxcala claros descendientes

Llevando á cuestras arcos triunfales
 La marcha precedían diligentes.
 Bellas plumas de pavos y quetzales
 Coronaban los arcos relucientes,
 Y otros indios vestidos de soldados
 Los custodiaban, de arcabús armados.

A caballo seguía la nobleza
 En unión del ilustre Ayuntamiento
 Ostentando su brillo y gentileza
 En selecto y lucido regimiento.
 Cada corcel llevaba en la cabeza
 Un penacho ó florón: el paramento
 Era de plata y oro, y rizadas
 La cola y crín con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
 La Audiencia y la real Chancillería,
 También bordado el traje de oro y plata
 Más vistoso que el sol al medio día.
 Vestido el Presidente de escarlata
 Con más ostentación que un rey venía,
 Trayendo á la derecha en su bridón
 Al Alférez real con el pendón.

Por último venía paso á paso
 El cuerpo provincial de los dragones,
 De disciplina y de valor escaso,
 En caballos muy flacos y trotones,
 Al són de un mal tambor, sin hacer caso.
 De guardar formación por pelotones,
 Con mucha gravedad y muy despacio.
 Venía encaminándose á palacio.

Cuyo balcón estaba rebosando
 De damas y señores de gran cuenta,
 El egregio paseo contemplando
 Junto con la Señora Presidenta.
 Al ir los caballeros desfilando
 La excelsa multitud estaba atenta,
 (La llamo excelsa porque estaba en alto,)
 Viendo cada corveta y cada salto.

Pasó el primero Don Martín Lamprea
 Muy estirado en una yegua baya:
 Tras él Don Juan Gonorreitigorrea,
 Natural de Pasajes, en Vizcaya.
 Seguíanles Don Pancho Bocafea,
 Don Luis Tenaza, Don Andrés Malhaya,
 Don Blas Cabral y Don Manuel Cornada,
 Hombre de una nariz desaforada.

Venía Don Crisóstomo Zamporda
 En un caballo negro salpicado:
 Don Bruno Rueda en una yegua torda
 Le seguía, torciéndose de lado.
 Cerca de él Don Gregorio Panzagorda
 Hundía el lomo de un rocín melado,
 Y el de un obero Don José Portilla
 Agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo
 Don Tonino Lenguaza atrás venía:
 El hombre más chismoso de este mundo
 Y el más cobarde que en el reino había.
 Don Julio Mier iba á su lado, oriundo
 De Carmona, ciudad de Andalucía,

Y con ellos Don Marcos Bahamonde,
Corregidor que fué de no sé donde.

A estos seguía Don Julián Moncada,
Teniente Coronel, Mayor de plaza,
Mayordomo mayor de la cruzada
Y tercero del Carmen, dando traza
De alcanzar á Don Cosme de Balnada
Que montaba un bridón de buena raza,
Y á Don Justo Padilla que en su potro
Con un estribo va más largo que otro.

No quiero fastidiar con los demás,
Como los Garrafuerte, los Gallín,
Los Peladas, los Moscas, los Reiyás,
Los Trampeas, en número sin fin:
Todos con sus lacayos por detrás
Puesta la mano en la anca del rocín;
Mas ¿quién son esas damas que los miran
Desde el balcón y viéndolos suspiran?

La Presidenta Doña Petra Almonda
Era la principal, y su sobrina
Doña Lucía, natural de Ronda,
Muy salada gitana, y muy ladina.
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,
Doña Inés Tresamantes de Pesquina
Y Doña Cruz Malpara del Pezado,
Les hacían la corte á cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,
Muy mirlada en su silla se seguía
Doña Coronación de Cienfustanes:
Después Doña Tomasa de Maldía

Guiñando el ojo á todos los galanes;
Luego Doña Joaquina Cararpía
Con el rostro muy seco y afligido
Por la muerte del sétimo marido.

Estaba allí Doña Rosita Alfaca,
Cuñada de un oidor de campanillas,
Y Doña Dorotea Tomaidaca
Que cantaba muy bien las seguidillas.
También Doña Ana Espín, señora flaca
Empeñada en cubrir las pantorrillas
De Doña Engracia Ordaz, señora gorda
Que á la solicitud se hacía sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
A todas excedía en hermosura,
En tez, en cara, en talle y en el resto,
Y en el traje también, cuya pintura
Haría si pudiera; mas sobre esto
Nada sé, ni de frases de costura;
¿Qué entiendo yo de nesgas, lazos, golas,
Bebedores, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas
El mirador magnífico cubriendo
Parecían huries y sultanas
Que un bazar estuviesen presidiendo.
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas
En silencio ¡oh prodigio! estaban viendo
Pasar los caballeros, como digo,
Cual si fuese el ejército enemigo.

De repente un clamor estrepitoso
Se oyó rodar entre las damas bellas,